

CAPÍTULO TERCERO

La ruptura con la Iglesia — Enrique III y la reforma del Papado — Fuerzas adversarias en Italia — Separación del Papado — Gregorio VII y Enrique IV — Caída y extinción del Imperio — Decadencia del poder real en Alemania — Restablecimiento del Imperio por Federico I — El poder mundial de Enrique VI — El derrumbe del año 1198 — El derrumbe del Imperio — Causas del derrumbe — Disolución del Reich — Estados nacionales y soberanía nacional.

El antiguo estado alemán descansaba sobre la Iglesia; y el imperio y la soberanía en Italia no podían existir sin el apoyo benévolo y la leal sumisión del Papa. El día en que estas premisas cesaran, y la Iglesia negara la obediencia al rey, y el Papa se convirtiera en enemigo del monarca, debía peligrar la existencia del estado, del Reich y del imperio.

Ese día llegó. Reich e Iglesia se desunieron en la octava década del siglo XI y se combatieron mutuamente con sumo encarnizamiento por espacio de casi cincuenta años. Y cuando terminó la lucha, no se logró una verdadera paz, sino solamente un armisticio. Reich e Iglesia permanecieron siendo adversarios, que a menudo buscaron buenamente un entendimiento, sin hallar uno duradero. Como todos saben, el final fué: la caída del imperio y la disolución del estado alemán.

La *ruptura con la Iglesia* no vino de golpe; no se enemistaron de la noche a la mañana estas dos fuerzas, que

habían marchado tanto tiempo a la par, encontrando en ello su mutuo interés. El hecho se elaboró lentamente, en la calma, provocado finalmente por la coincidencia de acontecimientos desgraciadísimos con una revolución fundamental en las ideas hasta entonces existentes.

No puede discutirse que la Iglesia de estado en los comienzos de la Edad Media respondía muy imperfectamente a su finalidad religiosa. Servía a fines mundanos y lo hacía de manera también mundana. Era un elemento y un objeto del poder y como tal fué tratada. Cuando no se compraban y se vendían propiamente sus cargos y sus dignidades, lo que acontecía frecuentemente, se le exigía, en todas las circunstancias, servicios que no tenían ningún carácter eclesiástico. Sus sacerdotes no se distinguían muchas veces de los seglares; obispos y abades se conducían como caballeros feudales y a menudo el ejemplo dado por el clero alto y bajo, con su género de vida, era poco edificante.

En cambio se perfiló con vigor desde la primera mitad del siglo XI un movimiento de reforma, que tuvo su foco principal en la Francia oriental y en Lorena, y que llegó a penetrar también en Alemania e Italia, patrocinado por Enrique III (1039-1056). Enrique estaba imbuído personalmente de la nueva concepción religiosa; creyó propio de su deber de soberano el depurar la Iglesia. Pero no estaba dispuesto a sacrificar por ella nada de su propia autoridad. Debía en efecto demostrar que él era el amo de la Iglesia, por el hecho de que la reformó, aunque sólo el resultado de la reforma debía convertirlo verdaderamente en dueño y poner a disposición del emperador alemán la Iglesia, toda la Iglesia católica con sus grandes recursos morales y materiales. En este sentido no se conformó con medidas locales, con la reforma de obispados

y abadías aisladas, como ya se había visto alguna vez antes; colocó la palanca en el centro de gravedad, en Roma. El papado debía ser reformado dentro del espíritu de los tiempos nuevos y después éste mismo debía reformar toda la Iglesia.

Las condiciones que predominaban en Roma invitaron tal vez especialmente a ello. Se había llegado a tal extremo que tres pretendientes luchaban entre sí por la dignidad pontificia y ninguno de ellos reinaba en realidad, cuando apareció en Italia, en el año 1046, Enrique III, que de inmediato hizo deponer a los tres. Nadie se opuso, pues el emperador dominaba totalmente la situación. Clero y pueblo de Roma llegaron a transferirle el derecho hereditario para nombrar, en caso de vacancia de la silla papal, el nuevo jefe, que ellos debían elegir, como ya había hecho Otón I y fué realizado también por Otón III.

Enrique III al hacer uso de este derecho reveló sus intenciones. Nombró a un obispo alemán; cuando éste murió poco tiempo después, nombró otra vez a un alemán, y así igualmente más tarde, en cuantas ocasiones la silla papal quedó vacante. Cuatro veces seguidas, por su mandato, fueron elevados al pontificado obispos alemanes.

Evidentemente esto era un sistema cuyo sentido y finalidad son bien claros; la Iglesia romana debía ser incorporada al estado alemán en la misma forma que cualquier silla episcopal de aquende los Alpes. Si ello se conseguía, el emperador alemán dominaría a Roma con la mayor seguridad.

El sistema de Otón I había mostrado sus puntos débiles. Demasiado a menudo los Pontífices romanos habían fallado o había sido derrotado el partido alemán en la elección papal, y entonces el emperador había tenido que intervenir empleando la fuerza. Ahora esto ya no sería

más de temer. El papa alemán, elevado de hecho por el emperador alemán, sería la mejor garantía de lealtad de la capital.

Había más aún. Un papa alemán, sintiéndose amigo y servidor, por no decir un instrumento directo del emperador, ya que sin la protección de éste estaba perdido, debía necesariamente trabajar en pro de Alemania en todas las partes del mundo. Si reformaba las iglesias occidentales y las sujetaba con ello a la inmediata dirección de Roma, podía tenerse por cierto que los intereses alemanes no saldrían perdiendo. Por medio de él, su hombre de confianza, a semejanza de su representante, el emperador dominaba a Italia de modo distinto al de antes; ahora podía hacer valer su influencia aún en las regiones vecinas, en Francia, en el norte escandinavo, en Polonia y Hungría. Un papado alemán como complemento del imperio alemán era la perfección de la hegemonía alemana en los países occidentales, un sistema político claro, muy hábilmente elaborado y tan sencillo como eficiente.

Pero no debía durar. La prematura muerte del emperador, acaecida en el año 1056, cuando no tenía aún 40 años, trastornó todo. Personas incapaces y sin conciencia que tuvieron a su cargo la regencia, en nombre de Enrique IV, niño aun, dejaron que todo cuanto acabó de crear el gran emperador se derrumbara, convirtiéndose en lo contrario.

La reforma de la Iglesia romana se emprendió, es verdad, bajo el gobierno de papas alemanes, pero en su mayor parte con ayuda de monjes franceses. En Alemania difícilmente se hubieran hallado en número suficiente los agentes necesarios; hubo que traerlos desde la cuna de la reforma: de Lorena y Borgoña. Estos hombres no tenían

por su naturaleza, ni comprensión ni inclinación en pro de la otra faz de su cometido: la consolidación del imperio alemán. No soñaban ya únicamente con la depuración, sino, sobre todo, con la liberación de la Iglesia de toda soberanía laica. La debilidad de la regencia alemana les dió la ocasión esperada. La regencia ni siquiera pudo amparar a sus súbditos contra las tentativas de los romanos, que no faltaron, para desembarazarse de los severísimos clérigos extranjeros. Pronto en Roma ya no se preocuparon mayormente del rey alemán y sus tutores, y se buscó la ayuda que se encontró más cerca: la de los príncipes italianos.

El margrave de Toscana, Godofredo, duque de Lorena por nacimiento, que alcanzó esa dignidad casándose con la heredera de Toscana, y había sido combatido siempre por Enrique III, quedó, después de la muerte del emperador, dueño indiscutible en su país y en la vertiente septentrional de los Apeninos hasta Mantua. Él, su esposa Beatriz y más tarde su hija Matilde, pusieron toda su fuerza al servicio de la Iglesia romana reformada y en perjuicio del soberano alemán, cuyo poder se había apoyado en los obispos y así había sometido a los príncipes seculares. Y en ese momento, una casa principesca secular se elevó a potencia dominante en la Italia central.

Otra fuerza actuó en Lombardía como elemento destructivo de la base de la dominación alemana: una rebelión pietista popular contra el régimen de los obispos en las ciudades. En luchas violentas, se sublevaban las masas urbanas bajo la bandera de la reforma eclesiástica, con axiomas religiosos, contra los sacerdotes inmorales, pero en realidad contra la alta nobleza franco-lombarda y los obispos alemanes reales. La sublevación fué aprobada y apoyada desde Roma, y los obispos lombardos,

en lugar de sostener, como hasta ese momento, el imperio alemán, llamaron en su ayuda al rey en la lucha por su situación, que no podían defender por sí solos.

Consolidado en Toscana un poder reinante rival, vacilantes en Lombardía los sostenedores episcopales del trono alemán, las perspectivas eran tristes. Pero se agregó un tercer adversario, que con el correr del tiempo llegó a ser el más peligroso: los normandos en la Italia meridional. Llegados al país como mercenarios desde el comienzo del siglo y afincados después, aumentaron rápidamente con el arribo de rezagados y se convirtieron en conquistadores, en cuyas manos, trozo a trozo, fué cayendo toda la Italia inferior desde más o menos el año 1050. Y ya se puede prever que llegará a obedecerles todo el sur de la península. Militarmente superiores a cualquier adversario, son el azote del país y constituyen una amenaza permanente para sus vecinos y hasta para el estado papal. Es imposible dominarlos. Lo experimentó el papa León IX, el alsaciano, cuando en el año 1053 intentó combatirlos con fuerzas alemanas: el pontífice fué vencido, y hecho prisionero, debió capitular, para recobrar su libertad.

Aquí surge un cambio trascendental que señala claramente el nuevo rumbo tomado en Roma después de la muerte de Enrique III, y es el hecho de que el Papado no solamente da por terminada la lucha contra los normandos, sino que se convierte hasta en su aliado. En el año 1059 aconteció que sus dos jefes más prestigiosos, Ricardo de Capua y Roberto de Apulia, hicieron acto de sumisión como vasallos del sucesor de San Pedro y recibieron de él como feudo todo lo conquistado hasta entonces y lo que conquistarían más adelante, las Apulias, Calabria y Sicilia. El Papa se convirtió así en dueño supremo de toda la Italia meridional y ganó como guardia personal

las mejores tropas que por ese entonces existían. Apoyado en ambos se volvió contra el imperio alemán: ya no lo necesitaba, y se independizó. Los normandos, tan próximos, resultaban una protección y un sostén mejores que el lejano rey alemán y, según las circunstancias, hasta podían ser empleados contra él. Esta nueva señoría feudal de San Pedro se cruzó además con el hecho de que desde Otón I y Carlomagno la región interior de la Italia meridional, el antiguo principado longobardo de Benevento, había reconocido la soberanía del emperador. Y ahí chocaron forzosamente, desde el año 1059, los intereses y las ambiciones del Reich y de la Iglesia, del emperador y del pontífice.

También en otro aspecto el año 1059 señala una época en las relaciones entre los dos poderes. En este año se celebró en Roma un sínodo. El papa Nicolás II, un francés favorito de Godofredo de Toscana, lo dirigía, después de haberse sostenido, no sin lucha, pero sí sin la ayuda alemana contra la resistencia de los romanos. La asamblea emitió, entre otras, una resolución acerca de las formas de la elección papal; modernizó las disposiciones antiguas haciéndolas más severas. No se atrevió a ignorar totalmente el privilegio hereditario de Enrique IV para designar el candidato, pero se lo relegó a una cláusula accesorias, con un carácter meramente formal. De hecho la influencia decisiva de la corona alemana en la elección papal debía llegar a su fin y llegó precisamente en ese momento: desde el año 1059 ningún monarca alemán pudo ya ejercer nuevamente ese derecho con algún resultado. Queda cerrada la época de la supremacía alemana sobre Roma y sobre la Iglesia.

Otra resolución del mismo sínodo había de tener para el porvenir gran trascendencia: quedaba prohibido recibir

un cargo eclesiástico de manos de un laico. Significaba, cuando se lo aplicara, a una revolución en todas las circunstancias y en todos los países, porque negaba el derecho tradicional y válido de los seculares de disponer de las iglesias que habían fundado y construido. En cuanto al reino alemán, esta prohibición se dirigía contra las bases mismas de su existencia. Si el rey no podía disponer más de los obispados y abadías del Reich; si ya no debía instalar a los obispos y abades en sus cargos, llegaba a parecerse a un hombre a quien se hubieran amputado el brazo y la pierna derechos. Esto era sin más ni más inaceptable. La Corona alemana debió combatir hasta el fin esta innovación; al hacerlo defendía su existencia.

El decreto sinodal de 1059, la primera prohibición de "la investidura laica", no entró en vigencia inmediatamente; en ningún país fué respetado, pero siguió siendo un índice para lo futuro. Tarde o temprano debía estallar abiertamente la guerra entre el Reino y la Iglesia, entre el Imperio y el Papado.

A ella se llegó cuando, en el año 1073, subió al trono pontificio Gregorio VII. A las ideas que dominaron ya antes, la reforma de la Iglesia romana aportó una nueva: la soberanía eclesiástica sobre el mundo. En sentido literal: la tierra y el cielo pertenecen a los príncipes apostólicos; ellos pueden disponer de todas las posesiones y de los dominios terrenales; ellos dan y toman según los merecimientos; todos los reyes y príncipes deben obediencia a ellos y a su representante en la tierra, al Papa, y son, por derecho, sus vasallos y feudatarios. Gregorio acometió la empresa de dar valor a estas exigencias con violenta energía, con apasionada impaciencia. Y al exigir la observancia de la prohibición de las investiduras hasta al rey de Alemania, se inició el conflicto.

Enrique IV, que entretanto había llegado a la mayoría de edad y había emprendido la reconstrucción de su poder real, acababa apenas de dominar victoriosamente (1075) una sublevación de los sajones, cuando chocó con la oposición del Pontífice en el ejercicio de su habitual derecho de investidura del arzobispado de Milán, que databa de antigua fecha; el Papa le reprochó su desobediencia y lo amenazó con la pérdida de la corona. Sobreestimando su propia posición, el rey se dejó arrastrar a destituir al Pontífice por intermedio de un concilio de los obispos alemanes, realizado en Worms hacia fines de enero del año 1076. Gregorio contestó igualmente con la destitución y con la excomunión del seno de la Iglesia. Muy pronto se vió quién era el más fuerte. No solamente renació la rebelión en Sajonia, sino que los duques alemanes aprovecharon la ocasión para derribar al rey, que se tornaba demasiado poderoso. Se aliaron con el Papa. Entonces todo dependió más que nunca de los obispos. Una pequeña parte de ellos, contaminada por los ideales franceses, estuvo desde el principio de parte de Gregorio; la mayoría permaneció fiel al rey. Pero les faltaba el valor para terminar en abierta lucha contra el Papa, su soberano eclesiástico. Entonces Enrique prefirió someterse a la Iglesia, para dividir la coalición adversaria e impedir la amenazadora elevación de un anti-rey. Con la expiación personal ante las puertas de Canosa, donde había sorprendido al Papa en viaje para Alemania, en los últimos días de enero del año 1077, obligó a Gregorio a absolverle y a concederle la readmisión en la Iglesia. Estaba nuevamente capacitado para reinar. Pero no había alcanzado su finalidad principal: en marzo le opusieron los príncipes rebeldes un anti-rey. Sin embargo, este partido estaba ya tan debilitado que Enrique pudo aceptar la lucha por la

corona con buenas perspectivas. A ninguno de los reyes antagónicos opuestos sucesivamente le correspondió un corto triunfo. Cuando de nuevo Gregorio volvió a aparecer en el campo de batalla y proclamó en el año 1080, por segunda vez, la destitución y la excomuni6n de Enrique, el rey contest6 nombrando un anti-papa con la colaboraci6n de los obispos alemanes y lombardos y de las fuerzas armadas. Despu6s de un reiterado asedio logro en 1084 la conquista de Roma y su coronaci6n imperial. Si bien por la llegada, aunque tardía de los normandos, se vi6 obligado a retirarse, tampoco Gregorio consigui6 afirmarse en su ciudad. Sigui6 a sus libertadores hacia el sur y muri6, en Salerno, el a6o siguiente (1085), solitario y abandonado, casi ignorado. Había sido vencido.

Pero esto distaba mucho de ser decisivo. La lucha sigui6 y finalmente cambi6 la suerte. Enrique no logro vencer a las fuerzas auxiliares del papado. Cuando el segundo sucesor de Gregorio, el franc6s Urbano II, pudo llevar a cabo una gran coalici6n entre los normandos en la Italia del sur, la condesa Matilde de Toscana y las ciudades lombardas reunidas en una Liga, a la que se unieron (en 1093) tambi6n los príncipes rebeldes de la Alemania meridional, el poder de Enrique se derrumb6. Entonces le toc6 a su vez estar prisionero en un rinc6n de la Italia septentrional, desvalido e ignorado, carente de poder en la península y separado de Alemania. Y aun cuando la uni6n de sus adversarios fall6 y se le permiti6 el regreso a Alemania, no pudo recobrar m6s que una sombra del antiguo poder. Desconocido en la misma Alemania por el partido de la Reforma, maldecido inexorablemente por la Iglesia, pudo sostenerse todavía en parte como emperador, hasta que por último tambi6n su hijo se rebel6 contra él y lo derrib6 (en 1105). Con la espe-

ranza de llevar a cabo la última guerra decisiva por su corona, muri6 en el a6o 1106 el m6s desgraciado de todos los reyes alemanes. De hecho, ya antes había cesado el imperio alemán, la soberanía alemana en Italia; las fuerzas locales, bajo la direcci6n de Roma, dominan el campo.

En los decenios siguientes todavía se consolid6 m6s este estado de cosas. La aparici6n ocasional de Enrique V con fuerzas militares superiores sirvi6 solamente para lograr un éxito momentáneo y la forma en que termin6, durante el gobierno de este emperador, la larga lucha por la investidura, se6al6 finalmente la retirada del poder alemán de Italia. En el llamado Concordato de Worms (en 1122), se hizo una distinci6n entre la iglesia de Alemania y la de Italia. En Alemania se mantuvo la influencia del rey en la investidura de obispados y abadías; las elecciones deberían tener lugar en presencia del rey, y el elegido recibiría la consagraci6n s6lo cuando fuere investido por el rey y se hubiere sometido a él como vasallo. En Italia todo era a la inversa. Las elecciones eran libres y la consagraci6n inmediata; la investidura ulterior y el juramento de fidelidad, si bien tenía lugar generalmente, no pasaba de ser una mera fórmula. Con ello se había privado al imperio alemán de la base principal, en la cual se había apoyado su influencia en Italia.

Así quedaron las cosas. El sucesor de Enrique V, Lotario, recibió, es verdad, la corona imperial en Roma (en 1133); llev6 a cabo al final de su reinado, con la aprobaci6n del Papa, que lo necesitaba, una brillante campañ a trav6s de la península hasta el coraz6n de las Apulias, lo que le vali6 de sus contemporáneos la gloria de ser comparado con Carlomagno. Éste, sin embargo, no fu6 m6s que un episodio sin consecuencias duraderas. Ya el sobe-